

Cuentos de Juan Pirulero

Maragato

Colaboración de Ermilo ABREU GOMEZ

*Vivirán tus muertos. Mis cadáveres se levantarán. Isafas, XXVI, 19.*

El pueblo de Maragato, con ser pequeño y de escasos habitantes, tenía fama de rico, de próspero y de tranquilo. Propios y extraños se hacían lenguas del oro que, a manos llenas, corría por ahí y del boato de sus fiestas y jaranas. El caserío estaba entre dos cerros de pequeña altura, con unos cipreses en la punta. Sus tierras tenían labrantíos y en sus prados pastoreaban animales. Los habitantes eran indios, mestizos y blancos, en proporción disparaja. Había negros, pero éstos eran tenidos tan en nada que los contaban junto con las bestias. Algunos estaban marcados en las ancas. No se veían mal. Abundaban los indios, entregados a prácticas idolátricas, según unos, y a prácticas sodomitas, según otros. Los mestizos ocupaban un punto intermedio en aquel amasijo. Los blancos eran más bien pocos y se las daban de aristócratas, hablaban de sus pergaminos y no se les caía del hocico eso de que su sangre era de un azul tirando a verde. Los que, por milagro de Dios, eran buenos y humildes, vegetaban en cuchitriles o bien emigraban a tierras lejanas para librarse de aquel ambiente. Los indios y los mestizos —dedicados al trabajo— eran, naturalmente, pobres. Iban descalzos y se cubrían con retazos. Los blancos, entregados a la ociosidad, eran ricos. Andaban en coche y vestían ternos de lujo. Para matar el tiempo cazaban o rezaban. Para ellos era lo mismo. Los indios vivían, desde antes, en el campo. Trabajaban de sol a sol y casi sólo por la comida (un puño de maíz y una brizna de sal) en tierras que no eran suyas. En cuanto sus hembras parían dejaban de pertenecerles porque los señores las tomaban como nodrizas de sus hijos blancos. Los mestizos, en las afueras del pueblo, hacían tareas de asalariados, en talleres de artefactos que pertenecían también a otras personas. Ni con mucho sudor salían de deudas. Los blancos, dueños del caserío, vivían, sin más cuidado, que el de acrecentar sus pitanzas.

Por lo que toca a la cultura, la cosa no andaba mal. Entre los pobres nadie sabía leer y ni falta que les hacía porque nada tenían que leer. Entre los ricos la cosa era distinta. Los varoncitos, muy prendiditos, asistían al único colegio que había en la localidad, dirigido por un dómine tenido por sabio porque en las reuniones hablaba con enclíticos y porque ningún ruido le perturbaba, ¡tan grande era su ensimismamiento! Aquellos niños estudiaban lenguas momias, prehistoria y metafísica. Salían de las aulas espetados doctores de toga y clámide y se ponían a discutir si Teócrito plagió el segundo verso de su primera elegía o si el gerundio existió en la época de Luciano o si caben o no caben tres ángeles en la punta de un alfiler o si la existencia fué o no fué, de veras y sin trampa, anterior a la esencia. Los más diestros, cuando se hacían bigotudos, hasta llegaban a componer libros sobre sutilezas. Con ellos ganaban fama y prebendas. El Alcalde del lugar, que era un lince de siete suelas, concedía premios a los mejores libros siem-

pre que éstos llenaran dos requisitos: primero que no se entendieran y segundo que no rozaran, ni por casualidad, nada terreno ni humano.

De política nadie hablaba ni menos entendía jota. Los de arriba porque de ella vivían y los de abajo porque de ella morían. Los miserables nunca pensaron que sus penas podían venir de aquellos personajes, casi míticos. Si no los tenían por santos era sólo porque los veían sin aureola; y si no los tenían por diablos era porque, al menos en público, no gastaban cuernos, a no ser que fueran casados. Lo más que pensaban acerca de ellos era que se eran unas pobres víctimas del destino que les había endilgado cargas tan negras como velar por la seguridad de la cárcel y la altura de la horca, donde solían morir, contritos, unos calzonudos, sin suerte ni padrinos.

Así hubiera vivido, por siglos de siglos, en dichoso sueño, el pueblo de Maragato, si no acontece lo que aconteció una vez, tal como se cuenta en seguidita, con sus pelos y señales y sin quitar punto ni coma.

Pues sucedió que una tarde, como otras muchas tardes, cuando daba la Oración, el cura don Bonifacio Gutiérrez y Urbaneta, párroco del lugar, pasó por la garita del Arco de Dragones, donde los arrieros que entraban y salían del pueblo cubrían sus gabelas. En el momento en que pasaba don Bonifacio, muy quitado de la pena y contando las cuentas del rosario, oculto en la bolsa de la sotana, oyó un ruidero y hasta algunos ayes que no eran de alegría. El buen hombre detuvo el paso para ver lo que era aquello; y vió que los encargados de cobrar las gabelas, daban una paliza, de padre y señor mío, a unos arrieros, sin atender a las protestas ni a las súplicas de éstos. Para eso eran verdugos, tenían manos y autoridad. Don Bonifacio se acercó más para inquirir la causa de semejante estropicio. Entre los gritos de los unos, las lamentaciones de los otros, las imprecaciones de todos y la algazara de los curiosos que, por momentos, se arrimaban a la fiesta, supo que los tales arrieros se resistían a pagar una nueva gabela. Los guardianes del Fisco alegaban, a su vez, que les asistía derecho para cobrarla porque la ley es la ley y más si está escrita y puesta en letras de molde, pegada, con escudo y todo, en la pared. Los arrieros aducían que nadie, antes, nada les había dicho y que eso de que la ley estuviera ahí, de poco valía pues como no sabían leer mal podían leerla. Los aduaneros argüían que aquella ignorancia no servía de excusa ni de pretexto para no cumplirla. Nuevamente los arrieros defendían lo suyo, alegando, además, que la dicha gabela era excesiva, a lo cual los aduaneros replicaban que nada tenían que ver con tal cosa, pues ellos sólo eran "oficiantes". Como los tipos no se ponían de acuerdo en el pique, los unos recurrieron a la resistencia y los otros a la fuerza —que cada cual echa mano de lo que tiene— y así, descomponiéndose, se habían trabado en verdadera batalla. Pero como en

estas cosas no es la razón la que vence sino la brutalidad, al cabo de un rato, los agentes tenían decomisadas las mercancías objeto de la pendencia o sea unas garrafas de ron, y acogotados y maltrechos a los remisos. Estos yacían en el suelo de la garita, cubiertos de cardenales y acusados de contrabandistas, deslenguados y agresores, delitos bastantes para llevarlos a la horca si así se le antojaba al juez que conociera del proceso.

Aunque los unos se sentían vencedores y los otros derrotados, los curiosos, en vista del espectáculo, se reían de buena gana y azuzaban a todos para que nadie dejara burlado su derecho. Don Bonifacio, en su inocencia, pensó que debía intervenir en aquel negocio. Y como lo pensó lo hizo. Intervino por si podía reparar en algo el mal ocasionado. Por lo pronto dió consejos y buenas razones. Al principio los aduaneros se hicieron los sordos y los arrieros se mostraron desconfiados. Los primeros no abrían la boca sino para refunfuñar y los segundos sólo para quejarse. Pero en esto, porque un esbirro dió un traspíe y cayó al piso y los arrieros, sin poderse contener, se mofaron del hecho, sobrevino otra discusión y con ella los ánimos se agriaron más y salieron a relucir las armas y los dientes. Entonces el que hacía de jefe de aduaneros, un tal Malafacha, se encaró con don Bonifacio y le llamó entrometido y oficioso y le advirtió, poniéndole el hocico sobre la nariz, que en aquel asunto no tocaba pito ni cazo y que, por lo tanto, le aconsejaba que, sin más palabras, diera media vuelta y se retirara del lugar. Don Bonifacio le respondió que, como ciudadano de una república libre, como era aquella en que vivía, sí le importaba lo sucedido. Y sin dar tiempo a la réplica del sujeto, añadió que protestaba por la arbitrariedad y el atropello de que habían sido víctimas aquellos hombres. Ante tamaña acusación el aduanero se descompuso y alegó que, si tenía queja, la presentara ante quien correspondía y no ante él; y que no le explicaba más porque no le daba la gana. Don Bonifacio replicó que él, aunque cura de pueblo, sabía leer y escribir, amén de otras cosas y que bien conocía el camino de su derecho para reclamar justicia para unos y castigo para otros. La cosa, en ese momento, se agravó porque acertaron a pasar por ahí unos carros llenos de mercancías, ante los cuales los aduaneros se hicieron los suecos y ni siquiera los vieron, como si estuvieran vacíos o fueran invisibles. Don Bonifacio ante tal irregularidad protestó de nuevo, pero el Malafacha le respondió que eso era cosa de su incumbencia y de nadie más; que él sabía lo que hacía y que, para hablar con franqueza, como él acostumbraba hacerlo, pues no tenía pelos en la lengua, la cosa era distinta porque alguna garantía habían de tener los partidarios del Alcalde y alguna pena sus enemigos. El cura le atajó advirtiéndole que el asunto así planteado era más sucio y más inmoral y que menos había de tolerarlo. El aduanero, por toda respuesta, le dió un moquete y ordenó a sus secuaces que aprehendieran al insolente.

El enredo que se armó fué tremendo. Todo fué confusión y revuelo, pitos y maldiciones, culatazos y golpes, silbidos y befas. A poco los arrieros y las garrafas y el cura fueron puestos entre filas y conducidos a la Alcaldía. El camino, aunque corto, se hizo largo por la continua resistencia de los presos. Los fuetazos que recibie-